

En la hora breve de las conclusiones, cabe destacar los dos factores —la fuerza básica y la forma operativa— que imprimen a la soteriología sabatiana su sello propio y le confiere su impar valor: la creatividad humana y la catarsis.

Debido a la primera, la doctrina de la salvación, encarnada en las novelas de Sábato y discutida en sus ensayos, logra salir de un dilema que parecía insuperable. En una clasificación muy general de las soluciones soteriológicas, podemos distinguir, de acuerdo con el escritor, dos vías opuestas. Una, la salvación mística, recurre a la trascendencia divina, y otra, la condenación nihilista, reduce al hombre al anonadamiento total, desde la extinción implacable de Nirvana hasta el turbio y angustiado *néant* de Sartre. Las dos posibilidades cuentan con prestigiosos puntos de apoyo: la primera, la religiosa, ha cristalizado, mezclada, es verdad, con otros elementos, en poetas como Dante y San Juan de la Cruz, mientras la segunda, la atea, tiene extraños amigos, empezando con el *Eclesiastés* y terminando con la segunda ley de la termodinámica. La diferencia de dirección y desenlace no impide la semejanza de métodos: la solución mística y la nihilista son, entrambas, el resultado de una postulación que actúa, sea fuera, sea contra lo humano. Queda de este modo, entre Dios y la nada, un espacio libre que Sábato llena con la creatividad humana, es decir, con la capacidad de los hombres de superar los antagonismos de la realidad y con su poder de pensar y construir otro mundo, diferente y más valioso que el dado. Sábato propone y desarrolla lógicamente y poéticamente una solución en la cual el ser humano no se sitúa más en diátesis pasiva, sino reflexiva. No es salvado, sino se salva. Solución creadora, pero a la par problemática, no postulada, porque está preñada de dudas, preguntas, cavilaciones, y precisamente por eso sumamente eficaz para crear una *tercera vía*, enteramente dentro de lo humano y dependiente sólo de sus atributos. A diferencia de la sociología religiosa, la vía sabatiana es inmanente: transfiere al hombre la gloria de su salvación, pero también el riesgo de negarse y perderse. Frente al nihilismo, la diferencia es aún más radical, puesto que el pensamiento y la obra artística de Sábato afirman la existencia de una catarsis redentora, operante en varias formas —bondad, lucidez, creación valórica— y de varios modos: suave y vehementemente, obvia y encubiertamente. Estas ideas, deliberadamente simplificadas, son sólo los gérmenes de una proliferación artística, asombrosa por su originalidad y riqueza de significaciones, connatural a la soteriología sabatiana.

CREATIVIDAD HUMANA

La creatividad humana se pone de relieve a dos niveles y de dos modos. A nivel existencial, Sábato aboga, como hemos visto, por un hombre total, capaz de comprender y resolver las aporías inherentes a la condición humana. Por consiguiente, este poder se comprueba en las síntesis que efectúa entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo racional y lo irracional, entre lo espiritual y lo corpóreo, integrados en una clase de *concordia discors* permanente y fértil. Hemos puntualizado ya lo complejas y matizadas que son estas síntesis: el mundo desde el yo, la salida de lo nocturno, la bivalencia del alma, y no volveremos sobre este aspecto. Digamos sólo que los que encarnan mejor la creatividad humana a este nivel son, a nuestro parecer, los meditativos del tipo de Grinaldini, capaz de abrazar en conjuntos, con sosegada lucidez y benigna ironía, el carnaval de los hechos y el caleidoscopio de las ideas.

A nivel valórico, en la creatividad humana, especialmente en la concretada en el arte auténtico, profundo, se transparentan anhelos demiúrgicos, ansias de reinventar el mundo, de conceder al hombre —un segundo Génesis— otro rostro y otros poderes. ¿Cuáles? Esencialmente, dos: el don de sentir lo que hay de milagroso en la existencia y el de expresarlo en un acto o una obra que «eternice el instante», que alcance un valor absoluto, por encima de la finitud y la imperfección humanas. Citando una frase de Pascal, Sábato subraya que los grandes escritores confirman, por sus obras cimeras, este poder creador supremo de «empezar de nuevo», de propiciar un segundo nacimiento. Esta vez la creatividad adquiere un carácter trágico: la belleza y el alto consuelo que lleva a los hombres, suponen una larga serie de terribles tormentos y la posibilidad de que el creador caiga en los abismos forjados o indagados por él mismo. Parece que para construir puentes sobre los precipicios hay que bordearlos. Sábato-personaje de *Abaddón, el exterminador* es la expresión dramática de este riesgo y de algo más: del peligro del hacedor de ser martirizado por sus propias hechuras o, mejor dicho, de asumir voluntariamente el drama y la muerte de las mismas, de vivir dentro de sus invenciones, como un personaje más.

Empero la creatividad no conduce siempre al gigantesco y dramático enfrentamiento del hombre con el mundo y/o con los valores que ha forjado. ¿Por qué no se encontraría, como prueba y morada, el poder humano de creación también en aquel tenue y delicado soplo que aúna, en ciertos momentos de la vida, hermosura, bondad y sosiego? La práctica artística da una respuesta afirmativa. Es precisa-

mente esta «pequeña plenitud» que ocasionó a Sábato un logro que no tiene parecido en la novela actual. Para este milagro imbuido en lo pequeño, lo apacible, lo modesto; para este milagro que abre infinitas perspectivas, transfigurando toda la existencia, Sábato halla una magnífica expresión metafórica: «las estatuas al atardecer», en un contexto de nubes, murmullo de río lejano, roce de la mano amada. Un ambiente de misterio existencial y ontofanías se ofrece a nuestra imaginación y abre toda una serie de preguntas. ¿Sería la respiración de la piedra? ¿El descenso de los arquetipos entre nosotros? ¿La humanización efímera de lo perenne? En cuanto a la valoración artística de estas perspectivas, su importancia es de primer orden: a ella se debe en gran parte la aparición de lo que hemos denominado «narración paralela», tan típica en el arte de Sábato, eso es la narración numenal que dobla y profundiza la narración factual, en el plano de los fenómenos.

LA CATARSIS

La catarsis es la forma principal, pero no única, en que opera la salvación. Dentro e incluso fuera de ella hay numerosos modos y matices que enriquecen la soteriología sabatiana, incluso en este momento final del desenlace catártico. El pluralismo catártico es ineludible dado la variedad infinita y la novedad sorprendente que campean en la creación literaria de Sábato, así como dominan en la vida misma. La soteriología sabatiana parece una oceanografía en cuya profundidad el bucear resulta un acto arriesgado pero apasionante.

Puesto que un modo de ordenar la catarsis es imprescindible, seguiremos el implícito en la tipología de los portadores de lo absoluto, advirtiendo al mismo tiempo que es imposible detener y contener *rest/los* la fuerza artística del novelista dentro de cualquier esquema rígido de interpretación.

Previamente debemos explicar el número relativamente reducido de los casos de salvación por catarsis. Esta es sólo una modalidad de aquélla. La primera causa: muchos personajes sabatianos, por su carácter episódico o por la voluntad del autor, carecen de datos suficientes para asignarles un fin soteriológico, cualquiera que sea. No sabremos jamás si el vendedor de librería que obliga al escritor a comprar una carpeta grande en vez de una libreta pequeña se salvará o aumentará las filas de los réprobos. Otra causa: la catarsis no afecta naturalmente a los agentes de las potencias tenebrosas y tampoco a los que no buscan el infierno a fin de atravesarlo de modo orfeico, sino para quedarse en él y holgarse sin lira. Hemos encontrado ya

tales habitantes empecinados, inmovibles: los frívolos, los cínicos, los sádicos. Ellos se relacionan sólo por contraste con los casos de salvación. Sirven únicamente como detectores del mal—pensemos en Quique y en el Nene Costa—, desde la alegre locura hasta la infamia y la monstruosidad, pero eso es sólo la condición negativa que la catarsis deberá superar.

Las dimensiones de la catarsis derivan de las respuestas que se dan a dos preguntas. Purificación, ¿de qué? y ¿cómo? En la soteriología sabatiana la catarsis es liberación, ella salva al hombre de los límites inherentes a su condición existencial—finitud, soledad, muerte—, así como de su degradación valórica—frustraciones, deshumanización, vicios morales y taras sociales—. En cuanto a cómo lo hace, la catarsis se vale de las virtudes características para cada categoría de portadores de lo absoluto: la pureza modesta o heroica, la sabiduría compasiva, la plenitud estática. En cada caso, la purificación adquiere otro rostro y otra situación determinada. Por consiguiente, es imposible equiparar la catarsis sabatiana a otras consagradas por la historia de la filosofía y del arte. Se aproxima de vez en cuando a la solución faustiana, orfeica, prometeica o exorcista, sin que por ello la elaboración ideática y artística sabatiana pierda algo de su robusta, insobornable originalidad.

Y ahora, al examinar los casos ejemplares de catarsis sabatiana, empecemos por los personajes luminosos, modestos y bondadosos, como Hortensia Paz. Podríase creer que la inocencia generosa no tiene de qué liberarse porque se salva directamente por una clase de pureza consustancial. Por lo tanto, la catarsis sería inútil, si no imposible. La situación dista mucho de ser tan sencilla. Hasta en la situación de Hortensia Paz existe objetivamente un obstáculo—la pobreza y la soledad—, pero éstas se convierten, subjetivamente, en fuentes de contento y alegría. Aun si no estamos ante una catarsis propiamente dicha, es claro que Hortensia Paz, como del resto todos los puros, detentan el poder de convocar y ejercer tal catarsis, no para ellos, sino para los demás; más exactamente para Martín, a quien ampara, cura y hace capaz de emprender el viaje purificador hacia el Sur. Hortensia se salva salvando. Le hace falta un salvable precisamente a fin de confirmarse y cumplir como salvadora. Algo así como la madre, para serlo, necesita hijos. Esta catarsis mediante la bondad y ternura se acerca al amor franciscano, a la *sorella* hierba y al *fratello* lobo, pero difiere de él por su capacidad de defensa activa. Hortensia Paz defiende valientemente a Martín porque encuentra en el joven a un ser humano desarmado por el sufrimiento, una especie de compañero herido, y probablemente haría lo mismo, protegería